

Aun después de los ocho siglos que nos separan de la época de su muerte, difícil es hacer de Gregorio VII un juicio crítico exacto. Mayor dificultad tuvieron para ello sus contemporáneos y los que inmediatamente le siguieron, y por eso nos legaron su nombre y su recuerdo, execrados por el odio ú enaltecidos por interesada lisonja. La misión y la obra de aquel gran pontífice fueron complejas, y de ahí los diferentes puntos de vista desde los cuales deben ser examinadas. El austero monje, el hombre de Estado, el reformador inflexible, el orador, el pontífice máximo, el autor de aquel inmenso principio de dominación universal, el fanático defensor de la autocracia papal concurren á formar esa gigantesca figura que surge de entre las brumas de los siglos medios, ofuscando con su vívido fulgor á los más grandes personajes de su época. La justicia histórica exige, además, que se le contemple con relación á los tiempos en que vivió; "tiempos de hierro—dice Heeren"—en que la degeneración del sistema feudal había roto casi todos los "vínculos de la sociedad civil, compuesta de príncipes sin poder, de "señores independientes, y de esclavos; en que las violencias y los "atentados eran acontecimientos de todos los días, y los ministros de "la religión se veían acusados, no sólo como cómplices, sino también "como principales autores de semejantes hechos. Gregorio VII concibió la idea de reformar el mundo cristiano, sometiéndole á su dominación, y se sintió con la fuerza y los talentos necesarios para sostener su papel. Era del número de los pocos hombres á quienes la "naturaleza concede bastante penetración para juzgar el siglo en todos "sus aspectos, conocer sus debilidades y sus fuerzas, y fundar en tal "conocimiento vastos designios."

Su obra de reforma, considerada en sí misma, fué necesaria y altamente moralizadora, pues que tendía á devolver á la Iglesia su perdido prestigio para convertirla en centro de virtud en medio del general desquiciamiento que produjo la lucha entre el feudalismo y el poder absoluto. Fué una obra de libertad en cuanto al principio de contrastar el imperio de la violencia y de la fuerza. Juzgada en sus relaciones con el acrecentamiento de la soberanía de los pontífices, debemos, por el contrario, ver en ella la base del vasto plan de dominación universal, ejercida por el vicario de Cristo, y que tiene de ser considerado como una de las grandiosas concepciones del famoso Hildebrando.

Y más grandiosa por cuanto á la imponderable energía con que pretendió realizarla, apoyado tan sólo en su fuerza moral, por más que

ésta fuese de inmensa valía en el seno de la creyente y tétrica Edad Media. Pero no era la causa de la libertad y de la justicia; y por eso, al pretender combinar la revolución por él concebida con el orden social existente; al tratar, luego, de erigir al pontificado en una entidad omnipotente y soberana, árbitra de los pueblos y de los reyes; al violar el derecho moral y el derecho político, las leyes de la naturaleza misma, y las que pudiéramos llamar inherentes á la constitución fisiológica del hombre, volviéronse contra él terribles los pueblos y los reyes: éstos empujados por su interés, aquellos movidos por ese sentimiento de emancipación que se difunde al comenzar la decadencia del feudalismo, que se ve dominar en las grandes épocas de la historia, y que no es más que el soplo irresistible del progreso. Murió desesperado, sin amigos, detestado por los romanos y por la Italia entera, víctima inmediata de sus pasmosos é irrealizables proyectos; pero firme en sus convicciones, sin arrepentirse de su obra, creyéndose y llamándose mártir de la injusticia humana. En Gregorio VII el hombre aparece ofuscado por el pontífice: como sucesor de Pedro en la Silla apostólica es el más grande entre los trescientos papas que en ella se han sentado, uno en pos de otro, durante diez y ocho siglos, del mismo modo que el Himalaya se alza dominante sobre las otras cordilleras que serpean por el suelo tibetano. El hombre fué orgulloso, inflexible, sin afectos, rectilíneo, y su misma virtud era una escarpadura que de todos le separaba, así en la prosperidad como en la desgracia.

Su fanatismo fué un bien para la libertad, que pudo desde entonces apercibirse contra las tendencias de la autocracia papal. No inspira amor la memoria del gran pontífice del siglo oncenno, pero nadie puede dejar de admirarle.

JULIO ZÁRATE.

LA TRADICION DEL HIMNO NACIONAL.

I

Por los años de 1810 existía en el convento de los dominicos de Lima (y también en el de los agustinos) una Academia de música dirigida por fray Pascual Nieves, buen tenor y mejor organista. El padre

Nieves era, en su época, la gran reputación artística que los peruleros nos sentíamos orgullosos de poseer.

El primer pasante de la Academia era un muchacho de doce años de edad, como que nació en Lima en 1798. Llamábase José Bernardo Alcedo y vestía el hábito de donado, que lo humilde de su sangre le cerraba las puertas para aspirar á ejercicio de sacerdotales funciones.

A los diez y ocho años, los motetes compuestos por Alcedo, que era entusiasta apasionado de Haydn y Mozart, y una misa en *re mayor*, sirvieron de base á su reputación como músico.

Jurada en 1821 la independendencia del Perú, el Protector Don José de San Martín expidió decreto convocando concurso ó certamen musical del que resultaría premiada la composición que se declarase digna de ser adoptada por Himno Nacional de la República.

Seis fueron los autores que entraron en el concurso, dice el galano escritor á quien extractamos para zurcir este artículo.

El día prefijado fueron examinadas todas las composiciones, y ejecutadas en el orden siguiente:

1.^a La del músico mayor del batallón *Numancia*.

2.^a La del maestro Huapaza.

3.^a La del maestro Tena.

4.^a La del maestro Filomeno.

5.^a La del padre fray Cipriano Aguilar, maestro de Capilla de los agustinianos.

6.^a La del maestro Alcedo.

Apenas terminaba la ejecución de la última, cuando el general San Martín, poniéndose de pie, exclamó:

—He aquí el Himno Nacional del Perú!

Al día siguiente un decreto confirmaba esta opinión expresada por el gobernante en un arranque de entusiasmo.

El Himno fué estrenado, en el teatro, la noche del 24 de Septiembre de 1821, en que se celebró la capitulación de las fortalezas del Callao ajustada por el general La Mar el 19. Rosa Merino, la bella y simpática cantatriz á la moda, cantó las estrofas en medio de interminables aplausos.

La ovación de que en esa noche fué objeto el humilde maestro Alcedo, es indescriptible para nuestra pluma.

Mejores versos que los de Don José de Latorre Ugarte merecía el magistral y solemne himno de Alcedo. Las estrofas inspiradas en el pa-

trioterismo que por esos días dominaba, son pobres como pensamiento y desdichados en cuanto á corrección de forma. Hay en éstas mucho de fanfarronería portuguesa y poco de la verdadera altivez republicana. Pero con todos sus defectos, no debemos consentir jamás que la letra de la Canción Nacional se altere ó cambie. Debemos acatarla como sagrada reliquia que nos legaron nuestros padres; los que con su sangre fecundaron la libertad y la república. No tenemos derecho, que sería sacrilega profanación, ni á corregir una sílaba en esas estrofas, en las que se siente palpitar el varonil espíritu de nuestros mayores.

II

Concluamos compendiando en breves líneas la biografía del maestro Alcedo.

Todos los cuerpos del ejército solicitaron del Protector que le destinase al autor del Himno como músico mayor, y en la clase de subteniente; pero Alcedo optó por el batallón número 4 de Chile, en el que concurrió á las batallas de Torata y Moquegua y á otras acciones de guerra.

Cuando se dispuso en 1823, que el batallón regresase á Chile, Alcedo pasó con él á Santiago separándose, á poco, del servicio.

El canto llano era casi ignorado entre los monjes de Chile; y franciscanos, dominicos y agustinos comprometieron á nuestro músico para que les diese lecciones, á la vez que el gobierno lo contratava como director de las bandas militares.

Cuarenta años pasó en la capital chilena nuestro compatriota, siendo en los veinte últimos maestro de Capilla de la Catedral, hasta 1864 en que el gobierno del Perú lo hizo venir para confiarle la dirección y organización en Lima de un Conservatorio de Música, que no llegó á establecerse por la inestabilidad de nuestros hombres públicos. Sin embargo, Alcedo, como director general de las bandas militares, disfrutó hasta su muerte, acaecida en 1879, el sueldo de doscientos soles al mes.

Muchos pasos dobles, boleros, valeses y canciones forman el repertorio del maestro Alcedo, sobresaliendo entre todo lo que compuso su música sagrada.

Alcedo fué también escritor, y testimonio de ello da su notable libro *Filosofía de la música*, impreso en Lima en 1869.

RICARDO PALMA.